

Ahora anda muy ocupado dando noticias de los estudiantes que vuelven.

—Buenas noches—dice—sentándose con aire de triunfo en uno de los patios que frecuenta.

Muy buenas D. Nicomedes—contesta á coro toda la familia.

—Ya pensarían Vdes. que yo no venía esta noche por aquí.

—Le esperábamos, le esperábamos—dice intencionadamente Maruja, la niña número dos de la casa.

—Pues ha sido una casualidad que pueda venir, porque estoy muy atareado, pensando las diversiones que debo proponer á la Comision de festejos. Yo creo que un bailecito... ¿Verdad niñas? —Y acercándose un poco á Maruja añade á media voz—Ya está ahí ese.

—¿Quién?

—¿Quién ha de ser! Ese.

La mamá interviene en el diálogo—¿Qué dice V. Nicomedes?

—En resumidas cuentas: que ya está ahí ese.

—¡Jesus! ¿Algún caso! ¿Dónde? ¿Como? ¡Y está V. ahí tan fresco y sin decirlo! exclama toda alarmada doña Maximina, creyendo que ese, es el morbo asiático.

—No es el colera, señora. Yo no quería decirlo por lo claro, pero ya que veo que á la niña no le importa que V. lo sepa, lo diré; ese, es Perecito.

—¡Já já! ¡Perecito! ¿Y qué nos importa que haya venido Perecito? Qué gracioso es D. Nicomedes.

—A V. no le importará pero mire V. que ruborizada se ha puesto Maruja; de seguro que á ella sí le importa. ¿A mí? Ya sabe V. que no.

—Que n', que nó. Bien podría yo apostar á que tú sabes ya, que no ha podido asistir á las fiestas de Mayo por que le salió un grano del tamaño de un melocoton detrás de la oreja izquierda, que se examinó en martes de una asignatura y le suspendieron, y que le ha pagado á la patrona, que es una señora, que conocí yo cuando estaba en correos en Valladolid, toda la cuenta en perros chicos.

—¿Que enterado está V.!

—Como siempre.

—Pues yo no sabía nada.

—¡No sabía nada, D.ª Máxima!—Vamos dime, ¿te ha traído un buen regalito?

—¡Jesus! Se pone V. más pesado algunas veces.

—Vaya, vaya, muden Vdes. de conversacion, ya sabe V. que no me gusta que se hablen tonterías. A mí me consta que María nada tiene que ver con ese joven, y si ha venido sea en buen hora; pero que no traten estas de andar de ventaneo porque ya saben ellas que á mí no me la pegan.

A estas frases de la mamá contesta con su r'sa característica D. Nicomedes, y esta vez se ríen también las niñas.

—Bueno, bueno; pues hablaremos de la moda de los corses bajos, las capotas *ilusorias* y las *colas ofendidas*. Yo estoy persuadido que á estas chicas, no se les puede hablar, más que de modas ó amorios. Así siempre lo oyen á uno con gusto.

Maruja se levanta y entra en una habitación inmediata con reja á la calle en donde hay una jarra de Antojas, con objeto de beber agua.

Por la imaginacion de D.ª Máxima cruza la figura de Perecito, y se precipita de puntillas detrás de Maruja; esta que termina de beber y nota en la oscuridad de la habitación la presencia de un bulto, suelta la jarra, da un grito de sorpresa y vuelve al patio, tropezando con D. Nicomedes que cae rompiendo la silla en que se hallaba.

Explicado el suceso, se despide don Nicomedes dejando como recuerdo de su visita una jarra y una silla rotas, la prevencion y la duda en el ánimo de D.ª Máxima, y el disgusto consiguiente en el de las niñas. Y dicen para desquitarse:—Que gracioso es D. Nicomedes.

Apreciable Maruja: Creo que he cumplido tu encargo á medida de tus deseos. Si ves á D. Nicomedes, puedes leerle el artículo; si no se conoce es que se parece mucho, porque es listo para todo menos para conocer sus defectos.

Tuyo afmo.,

M. RECUERO

LA CRUZ DEL DIABLO

(Continuacion.)

Ya no quedó de la alguna. Una banda de malhechores se albergaba en los subterráneos del castillo.

Estos, que sólo se presentaban al principio muy de tarde en tarde y en determinados puntos del bosque, que

me V. señá Antonia, que si no fuera por eso de la paga; y por que como decía mi difunto, que de Dios goce, más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer; ¡que le había yo de tener! como no tuviera.

Pero dejemos á Doña Basilisa, hablando con su vecina la prosa de la vida y sigamos á Arturo que á buen paso se dirigía á la plaza de Santo Domingo.

En cuanto llegó miró á lo largo la calle de San Bernardo y dijo:

—Ya viene.

Sin duda se refería al coche tranvia que después del encuarte, subía la última cuesta de la calle, pues apenas llegó penetró en él con suma ligereza.

Dos hermosas niñas de quince á diez y seis años, cuidadosamente liada la cabeza en sus toquillas de color azul, se disponían á dejar el carruaje cuando entró Arturo.

aún en el día se dilata á lo largo de la ribera, concluyeron por ocupar casi todos los desfiladeros de las montañas, emboscarse en los caminos, saquear los valles y descender como un torrente á la llanura, donde á este quiero, á este no quiero, no dejaban titere con ca beza.

Los asesinatos se multiplicaban; las muchachas desaparecían, y los niños eran arrancados de las cunas á pesar de los lamentos de sus madres, para servirlos en diabólicos festines, en que, según la creencia general, los vasos sagrados sustraídos de las profanadas iglesias servían de copas.

El terror llegó á apoderarse de los ánimos en un grado tal, que altoquede oraciones nadie se aventuraba á salir de su casa, en la que no siempre se creían seguros de los bandidos del peñón.

Más ¿quiénes eran estos? ¿De dónde habían venido? ¿Cuál era el nombre de su misterioso jefe? He aquí el enigma que todos querían explicar y que nadie podía resolver hasta entonces, aunque se observase desde luego que la armadura del señor feudal había desaparecido del sitio que ántes ocupara, y posteriormente varios labradores hubiesen afirmado que el capitán de aquella desalmada gavilla marchaba á su frente, cubierto con una que, de no ser la misma, se le asemejaba en un todo.

Cuanto queda repetido, si se le despojaba de esa parte de fantasía con que el miedo abulta y completa sus creaciones favoritas, nada tiene en sí de sobrenatural y extraño.

¿Qué cosa más corriente en unos bandidos que las ferocidades con que éstos se distinguían, ni más natural que el apoderarse su jefe de las abandonadas armas del señor del Segre?

Sin embargo, algunas revelaciones hechas ántes de morir por uno de sus secuaces, prisionero en las últimas refriegas, acabaron de colmar la medida, preocupando el ánimo de los más incrédulos. Poco más ó menos, el contenido de su confesion fué este:

—Yo, dijo, pertenezco á una noble familia. Los extravíos de mi juventud, mis locas prodigalidades y mis crímenes por último, atraieron sobre mi cabeza la cólera de mis deudos y la maldicion de mi padre, que me desheredó al espirar. Hallándome solo y sin recursos de ninguna especie, el diablo sin duda debió sugerirme la idea de reunir

—¡Oh bellísimas y simpáticas niñas!—dijo dirigiéndose á ellas—¿como estan V. V.?—Bien. Gracias. Arturo. ¿Y V.?

—Ya saben que en su presencia estoy yo siempre perfectamente. Pero á qué debo este feliz encuentro?

—Vamos al Conservatorio—dijo la que parecía más joven, enseñando un rollo de papeles cubiertos con una carpeta de hule.

—¿Y se adelanta, se adelanta?

—Ya tocamos algo los lunes, durante la reunión.

—Pues serán unos lunes muy animados

—No lo crea V. Desde que V. no nos honra con su presencia se nota; vaya si se nota. Es claro, V. habla á los viejos de política, á los jóvenes de *sport*, á las mamás de modas, y á las niñas de *toilette*. ¿Como no le hemos de hechar de menos aunque nosotras toquemos algo?

algunos jóvenes que se encontraban en una situacion idéntica á la mia, los cuales, seducidos con la promesa de un porvenir de disipacion, libertad y abundancia, no vacilaron un instante en suscribir á mis designios.

Estos se relucían á forma una banda de jóvenes de buen humor, despreocupados y poco temerosos del peligro, que desde allí en adelante vivirían alegremente del producto de su valor y á costa del país, hasta tanto que Dios se sirviera disponer de cada uno de ellos conforme á su voluntad, según hoy á mí me sucede.

Con este objeto señalamos esta comarca para teatro de nuestras expediciones futuras, y escogimos como punto el castillo del Segre, lugar seguro, no tanto por su posición fuerte y ventajosa, como por hallarse defendido contra el vulgo por las supersticiones y el miedo.

(Continuará)

MERCADO DE VINOS

Vino tinto 1.º en la cueva, de 3'50 á 3'75 arroba.

Id. de 2.º, de 2'75 á 3 pesetas id.

Id. blancos, de 2.25 pesetas, cueva, 2.75 id.

Alcohol de vino rectificado, á 20 pesetas id.

Id. primera uema, á 17, id.

JULIAN VERDEJO

9, Virgen 9.

Camas de lujo. Muebles de todas clases. Sillerías tapizadas. Precios económicos.

INTERESANTE

Por un módico interés se gestionan cuantos asuntos ocurran en la capital de la provincia.

Dirigirse á D. Vicente Camacho y Molinero.

Interesante á los Viticultores

Se azufran vides á 34 reales millar garantizado en un 90 por 100.

En la imprenta de este periódico darán razon.

Valdepeñas: Imp. de Casto Pérez

4 FOLLETIN DE LA LIBERTAD

FLORA

NOVELA DE COSTUMBRES SOCIALES

ORIGINAL

DE

D. MANUEL RECUERO Y MEDINA

do en cuando. Es de la provincia de Córdoba, criado en muy buenos pañales, y tiene buena paga.

—¿Está empleado?

—¡Empleado! No señora; quiero decir: es que á mí no me falta nunca.

—Ya comprendo.

—Pues como digo, es un chico que estudia leyes, aunque nadie sabe que año; y no tiene más falta que ser un loco. Ya ve V. tan pronto viene acompañado del Zoca como de hijos de marqueses y duques, y que sé yo! Y luego á las horas que se recoge! Créa-